

DESPERTAR

En el paisaje del suspiro
se tensan las campanas de la aurora
y el sueño de la brisa
va tocando los nidos de la noche
para que salte el vuelo de la luz.

El balcón de los párpados
levanta sus persianas
para mirar el día.

Y estamos nuevamente vivos
como el poema de una flor.

PARA UN RETRATO DE NIDIA GIORGIO DE MEDICIS

Como una rama de otoño
la sombra azul de tu brazo.
En tus dedos de rocío
arde la luz del cigarro.

Tienes el nombre de Carmen
en la fresa de tus labios.
La luna de tu mejilla
parece un perfil gitano.

Tu pelo—negra cascada
para el cuenco de las manos—

La lumbre de la guitarra
te está quemando y quemando.

MANUEL PACHECO

RECUERDOS

LEJANIAS CORDOBESAS

ALTO, moreno, Julio Romero de Torres era una mezcla de gitano andaluz y príncipe moro. Hablaba pausadamente, con marcado acento cordobés. Cuando lo conocí, por 1924, su fama andaba ya en canciones desde años antes. En una de ellas, se decía:

«El pincel de Romero de Torres
mi figura a los lienzos llevó.
Soy la maja moderna, española,
de la tierra del vino y el sol».

Mi trato con el gran artista se inició en su estudio de Madrid, al que fui varias veces para acompañar a la que entonces era mi novia y hoy es mi mujer. Estaba pintando un retrato de ella y otro de su íntima amiga Dolores Jaraba, hija de los Condes de Casa Valiente, que también venía con nosotros a posar. Las amigas, ambas de gran belleza, eran dos tipos diametralmente opuestos: mi novia, morena; Dolores, rubia. No hay que decir que pintaba con mucho más gusto a la primera que a la segunda, porque aquella era el tipo clásico de las mujeres de sus cuadros y ésta no encajaba para nada en su pintura. Pasó verdaderos apuros pintando el pelo rubio y el cutis blanco de Dolores, y no quedó bien el retrato. Ya lo decía él:

—Usted, Doloritas, me está haciendo sudar. No se ofenda; pero su amiga Julia se pasa ella sola al lienzo; a usted, tengo que pasarla a la fuerza.

Los retratos eran de tamaño y factura semejantes. A Dolores le puso una rosa en las manos; a Julia, un libro:

—Como su novio es escritor— le dijo cuando la estaba pintando,—le pondré a usted un librito, en las manos. Si luego no se casan—agregó en broma—, trae el retrato y le pondremos otra cosa.

Los fondos de ambos cuadros eran casi iguales: campos de lejanías cordobesas, bellísimas lejanías cordobesas, bajo cielos suaves.

Tenía Romero de Torres su estudio en el pabellón del jardín del palacete que era entonces del famoso odontólogo doctor don Florestán Aguilar y que hoy pertenece a la Sociedad General de Autores de España, en la calle de Fernando VI. Ví allí muchos cuadros del gran pintor, entre ellos la famosa alegoría del cante jondo. Mu-